

su conducta, y para conducirse con las luces de la Cabeza de la Iglesia: despues con el objeto de separar del partido malo, ó á lo menos precaver y sostener contra él á todos los Prelados que pudiese, publicó un manifiesto Pastoral en forma de carta circular, en el que acusaba á Eusebio de Nicomedia, de haber sostenido desde mucho tiempo antes de aquellas turbulencias los errores de Arrio. Y efectivamente seria difícil decidir cual de los dos, Arrio ó Eusebio, merecia aquí la gloria vergonzosa de la invencion. Espresamente dice San Alejandro, que Eusebio no tanto queria defender á Arrio, como defenderse á sí mismo; no haciendo mas que renovar por Arrio sus antiguas impiedades, cuya memoria habia borrado el tiempo. Fue Eusebio, segun este testimonio respetable, mas bien maestro que discípulo en esta alteracion impía del dogma católico; y si por ventura habia dado al atrevido Arrio el encargo de predicarla abiertamente, se reservó para sí el oficio menos peligroso y mas importante, que fue el de protegerla. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que fueron condiscípulos en la escuela del Mártir San Luciano, cuya doctrina por mal entendida, fue algun tiempo tan sospechosa que se vió precisado á reparar el escándalo para volver á entrar en la comunión de la Iglesia, en cuyo gremio tuvo la dicha de morir.

Eusebio, enfurecido al ver frustrados los designios de su política por el celo ingénuo del santo Patriarca, ya no guardó mas miramientos; y desde entonces concibió un odio irreconciliable contra el Diácono

Atanasio, que nunca se separaba de su Obispo San Alejandro gozando de toda su confianza; por cuya causa se cree con razon que tuvo no poca parte en las empresas santas del venerable Prelado. Eusebio formó con los Obispos que le estaban vendidos una especie de Concilio en Bitinia, en el que se aprobó generalmente la doctrina de Arrio; y desde allí se escribió á todas partes para que se mirase á los Arrianos como ortodoxos, se comunicase con ellos, y se hiciese de manera que el Obispo de Alejandría egcutase lo mismo. Mas este se mantuvo inalterable en su resolucion, y Arrio pidió á Eusebio de Cesaréa, á Paulino de Tiro, y á Patrónio de Escitópolis diesen licencia para que él y los suyos se refugiasen á Palestina, y celebrasen allí sus asambleas particulares, como acostumbraban hacerlo los Sacerdotes en Alejandría, sin perjuicio de los derechos Episcopales, que no por eso dejaban de estenderse á todas las partes de aquella Iglesia subdividida de este modo. Es muy verosímil que la grande estension de la ciudad de Alejandría diese motivo á que se introdujese este uso; y así en las Iglesias de regular poblacion no habia por lo comun mas que una asamblea, á la que presidia el Obispo.

32. Concedieron los tres Obispos que hemos nombrado de acuerdo con otros muchos de la misma Provincia la licencia que se les pedia, tanto para los secuaces de Arrio que ya habian venido de Egipto en número muy considerable, como para los que podrian llegar cada dia á una provincia tan cercana al

Egipto como era la Palestina. En verdad que no podia escogerse mejor medio de pervertir las ovejas de Alejandro; mas guardando algun miramiento, se puso una condicion á este privilegio, y fue que las ovejas separadas permanecieran sujetas al Obispo de Alejandria, y que sus Pastores subalternos, á pesar de su separacion, continuarian en pedir la paz y comunion al Patriarca. Celebráronse en Palestina, mediante esta pretendida formalidad, asambleas de Egipcios bajo la direccion de Sacerdotes de la misma nacion, los que no obstante estar escomulgados por su Obispo, pretendian, contra la voluntad del mismo, formar parte de su Iglesia: práctica no oida por entonces, pero harto comun en lo sucesivo por las maquinaciones de muchos sectarios. Tal favor animó á toda la secta: viéronse en la Iglesia divisiones intestinas, no solo en Egipto y en Palestina sino por todo el Oriente, mucho mas nocivas á la Religion que los ataques de los mas violentos perseguidores. Escomulgábanse los Obispos mutuamente sin la menor consideracion; los partidarios de la novedad no respetaban los títulos mas legítimos, y por do quiera se argumentaba sobre los Misterios mas sublimes y mas impenetrables. Y no eran solos los Eclesiásticos los que disputaban: los seglares menos instruidos, los mercaderes en las plazas y en las tiendas, los menestrales, el pueblo y hasta las mugeres dejando la aguja y el huso, predicaban ó cuestionaban con la mayor desvergüenza, como si el entusiasmo les infundiese sabiduría. En tanto los Paganos se aprovechaban de estas divisiones é in-

sultaban al cristianismo, representando en sus teatros los sacrosantos Misterios tan indiscreta é indecentemente divulgados.

33. En algunas partes quisieron reprimir los ministros del Emperador esta temeridad profana; pero el desórden fue mayor y vino á parar en tumulto y sedicion declarada; de modo que el populacho osó apedrear las estátuas del mismo Príncipe. Cuando llegó esta noticia á la corte, opinaban los ministros que se castigase de un modo egemplar un atentado cometido, segun decian á Constantino, contra su propia persona; y afirman que en esta ocasion fue cuando mostrando el Príncipe aquel egemplo tan memorable de mansedumbre, respondió, pasándose la mano por el rostro: *muy leve seria la herida cuando no me ha dejado la menor señal.*

No obstante estaba muy perplejo, porque veía que algunos hombres sabios eran de contrario parecer, y no sabia de quién fiarse en esta variedad de opiniones, pues ya se habian esparcido muchos escritos por una y otra parte. Tomó Arrio una coleccion de todos los documentos que establecian con mas fuerza su error: el Obispo de Alejandria reunió por su parte cuanto encontró mas á propósito para hacer respetar la antigua doctrina; y se cuentan hasta setenta cartas escritas sobre el particular por este celoso Prelado, de las que solas dos han llegado á nosotros. Esta gran divergencia de pareceres sobre un punto tan capital de la Religion puso á Constantino en el estado mas cruel de perplejidad, pues que no estaba aun bautizado, y

solo tenia un conocimiento muy insuficiente de los sacrosantos Misterios, y del régimen eclesiástico. Empero su rectitud y piedad le inclinaron á que recurriese á los primeros Pastores: él no podia proceder mejor, mas los lados que tenia eran malos.

Habitaba por lo comun Constantino en Nicomedia despues de la derrota de Licinio y de la conquista del Oriente. El Obispo de esta Ciudad, que era el intrigante Eusebio, le dió á entender que en el fondo de las cosas todos estaban conformes; que la controversia aunque la veía tan acalorada era solo sobre palabras y vanas sutilezas; que el único mal real que habia era el alboroto y el escándalo; y finalmente que era necesario valerse de su suprema autoridad para imponer á todos un silencio absoluto (1). Así abusó de la confianza del Soberano el patrono de la heregía, para tener la verdad oculta y tapar la boca á los Obispos, que son sus naturales defensores; y esto con el pretesto en todos tiempos tan especioso de la paz y concordia, que nunca han sido violadas sino por los agresores de la doctrina establecida en la justa posesion de sus derechos. Graduó la política de frívola la cuestion, siendo así que de nada menos se trataba que de saber si Jesucristo era Dios ó criatura, y por consecuencia necesaria, si el culto Cristiano era verdadera idolatría.

34. A pesar de esto el Emperador, guiado por el mismo Dios, ya que no tenia hombres que le aconsejasen, no procedió con precipitacion. Estaba á la

(1) *Epist. Constant. ad Alexand. et Arr.*

sazon en la corte, adonde verosímilmente le habia enviado el Soberano Pontífice, como un Doctor de confianza y un defensor esencial á la Religion en tan delicadas circunstancias, el célebre Osio, Obispo de Córdoba en España, Prelado que mereció tambien la confianza de Constantino, al que habia instruido en la fe. Tomó el religioso Emperador el partido de escribir á Alejandria, y eligió á Osio para portador de las cartas y agente suyo; siendo de observar que le prefirió al revoltoso Eusebio, en el que observó sin duda el espíritu de partido y de interés que le dominaba; ínterin que el Obispo de Córdoba no mostraba otro que el de la prosperidad de la Iglesia (*).

No habia mas que un medio legítimo de restable-

(*) Por sí solo bastaria á ilustrar la Santa Iglesia de España en aquella época el Obispo de Córdoba, el grande Osio, llamado por San Atanasio el padre de los Obispos, el príncipe de los Concilios, el terror de los hereges; y estos, principalmente los Arrianos, jamás dudaron en apellidarle el mayor de los Obispos. Por el discurso de la historia se verá, que no eran exagerados estos títulos, si se examina el incomparable mérito de esta lumbrera de Córdoba, y gloria de nuestra nacion. Nació en dicha ciudad, cerca del año 256, se educó en ella, fue electo Obispo de ella, asistió al Concilio de Elvira, presidió en el Niceno en que se reunieron trescientos diez y ocho Obispos; estuvo á la cabeza del Alejandrino, Arelatense ó de Arlés, y Sardicense, y en fin por comision de los Padres de Nicea compuso el símbolo. Tendremos ocasion de hablar otra vez de este insigne Obispo.

En el Concilio Arelatense celebrado en 314 se distinguen además del grande Osio, Liberio de Mérida, Sabino de Sevilla, Olimpio de Barcelona y Probato, Presbítero y Castorio, Diácono por el de Tarragona.

cer la tranquilidad, y era el de imponer silencio á los partidarios de la novedad, y confirmar á los Pastores en el derecho inenagenable de enseñar la fe inalterable de la Iglesia. Tal fue el método que siguió Osio en el Egipto; mas halló tanta fermentacion en los ánimos, que volvió á Nicomedia sin haber hecho otra cosa que reconciliar en el Concilio de Alejandría al sacerdote Coluto, autor de otro cisma, que teniéndose por Obispo, habia pretendido ordenar sacerdotes, desde el tiempo que Arrio principiaba á dogmatizar.

Aprovechóse el Patriarca de Alejandría no obstante de esta ocasion, para que la verdad llegase á oídos de Constantino. Con todas sus fuerzas apoyó Osio, é hizo conocer al Príncipe que se trataba del punto mas fundamental del cristianismo, esto es, de la divinidad de Jesucristo; y que para acabar esta triste disputa, como tambien la de los Cuartodecimanos y Donatistas, convenia celebrar un Concilio solemne compuesto de todos los Obispos que se pudiesen reunir de las diversas partes de la Iglesia. Infírese de aquí que Osio hizo lo que pudo para que adoptasen la práctica comun los muchos que se obstinaban en celebrar la Pascua, imitando á los Judíos, el catorce de la luna, en cualquier dia de la semana que cayese. Uno era este de los encargos que llevó á Alejandría; pero logró el mismo resultado que en la reduccion de los Arrianos. Aumentábase cada dia mas en las provincias Orientales el número de los Cuartodecimanos lejos de disminuir. Manifestaban una pasion

extraordinaria á aquella costumbre los Audianos, llamados así del nombre de su gefe Audio de Mesopotamia; lo cual con otras opiniones extravagantes lo precipitó en un verdadero cisma, y de este en la heregía. Pararon en efecto en ser Antropomorfitas, á saber, que tomando á la letra ciertas espresiones de la Escritura que atribuyen á Dios manos y cara, lo creyeron corpóreo, y le dieron en su imaginacion figura humana. Tantas y tan importantes causas impelieron al Emperador, por consejo de los Obispos, á convocar el primero de los Concilios Ecuménicos, segun el modo comun de contarlos, esceptuando el de Jerusalem celebrado por los Apóstoles.

35. Para celebrar tan augusta asamblea se designó la ciudad de Nicéa, una de las principales de la provincia de Bitinia y contigua á Nicomedia. Despachó el Emperador por todas partes á los Obispos no órdenes ni rescriptos imperiales sino cartas respetuosas, segun dicen los historiadores de aquella época (1); convidándoles á que fuesen sin pérdida de tiempo; proporcionándoles á sus espensas carruages y todos los medios de hacer el viage con decencia y comodidad. No se olvidó ciertamente en este convite al Soberano Pontífice; pues este comisionó para que hicieran sus veces, además del Obispo Osio, á los Sacerdotes de la Iglesia Romana Vito y Vicente; por no serle posible ir personalmente á causa de su edad avanzada. En las actas del sexto Concilio hay un testimonio que prueba hasta la evidencia, que Constantino caminó de

(1) Sozom. lib. 1. hist. cap. 17.

acuerdo con el Papa Silvestre para la convocacion (1); y aun parece cierto que lo primero que hizo aquel Príncipe fue escribirle, como á Cabeza de la Iglesia universal, sobre la convocacion de esta asamblea de la Iglesia. Por donde es de ver, que si los historiadores antiguos atribuyen tanta parte al poder Imperial en esta convocacion, como tambien en las de todos los Concilios de la primera antigüedad, no es porque pretendian desposeer de sus derechos naturales á los Soberanos Pontífices, que ciertamente no son de peor condicion en su órden que los Presidentes natos de todas las sociedades, sino porque debiendo los Emperadores dar proteccion á la Iglesia, velando sobre la tranquilidad de sus Estados, y suministrando por otra parte á los Prelados los carruages públicos y los víveres, entraban en el por menor de todos los cuidados concernientes á estos objetos. Como quiera que esto fuese, comisionando el Papa á sus legados ó diputados, atendió y concurrió con su autoridad Apostólica á cuanto se hizo para la convocacion. Para representar la persona de Silvestre en el Concilio fue nombrado Osio de Córdoba, y no hay duda en que le presidió; pues además de lo que dice en general San Atanasio, que Osio *gobernó todos los Concilios famosos de su tiempo*, se encuentra el nombre de este Obispo de Occidente el primero en las suscripciones ó firmas de Nicéa. Tambien es cierto que presidió al Concilio de Sárdica, que fue una especie de suplemento al primer Concilio general. Y siendo así ¿por qué otro

(1) *Concil. VI. Act. 18.*

título que el de representante del Soberano Pontífice se hubiera puesto al frente de todos los Obispos de la Cristiandad, y aun de los Patriarcas de Antioquía y Alejandría que asistieron en persona? Dice formalmente Gelasio de Cícico (1), que Osio ocupaba, con los Sacerdotes Vito y Vicente, el lugar de Silvestre, Obispo de la gran Roma: testimonio que por ser de un autor Griego, siguiendo las memorias de sus compatriotas, no puede ser sospechoso. En fin, no hay cosa mas conforme á los usos posteriores y constantes: pues en las actas de todos los antiguos Concilios Euménicos, escepto el segundo que no fue convocado ecuménicamente, siempre se halla la primera la firma de los legados del Papa, que las mas veces son un Obispo y dos Sacerdotes.

36. Los mas ilustres de los Prelados que se juntaron en Nicéa, en número de trescientos diez y ocho, sin contar los Sacerdotes ni los demás del clero son los siguientes: de la primera Silla de la Iglesia despues de Roma, iba en compañía del santo Patriarca Alejandro el Diácono Atanasio, que aunque jóven, mostraba ya lo que habia de ser en lo sucesivo; y además acudieron del Egipto otros dos venerables personajes, que eran Potamion de Heraclea y Pafnucio de la Tebaida alta. El primero perdió un ojo en defensa de la fe; y el otro, despues que le sacaron el ojo derecho por la misma causa, le habian cortado el jarrete izquierdo: habia sido discípulo de San Antonio, y le creían dotado, como á su maestro, del

(1) *Gelas. lib. 1. cap. 5.*

don de Profecía. Tenía Constantino una singular complacencia en conversar con este santo Confesor; y muchas veces transportado de la fe mas viva, le besaba con respeto la cicatriz que le habia quedado en la cara.

37. Admirable era Espiridion, Obispo de Trimitunta en Chipre, ya por los milagros con que Dios se anticipaba muchas veces á sus deseos y sencillez, ya por su respeto escrupuloso á las escrituras y tradiciones eclesiásticas. El Obispo de Ledra, que era un Orador elocuente, de delicado gusto y muy versado en las ciencias, tuvo que predicar en una junta Pastoral de su provincia, y se le ofreció citar aquel pasage del Evangelio en que el Salvador dice á un parálítico: *toma tu lecho y camina*. Substituyó el elegante Prelado otro término al de cama ó lecho, que le parecia bajo, lo que no gustó á Espiridion, y levantándose en medio de los Padres, dijo al predicador: „¿por ventura sabeis mas vos, ó sois superior al que dijo *grabatum* ó cama, para avergonzaros de usar la misma espresion?“ A pesar de esto su celo no provenia ni de aspereza de carácter, ni de un rigorismo duro é imprudente; antes al contrario era tanta su caridad, que algunas veces es preciso suponer una causa muy extraordinaria para no graduarla de demasia como lo acredita el caso siguiente. Llegó á su casa un huésped en extremo cansado en tiempo de cuarema, en el cual acostumbraba el Santo pasar varios dias seguidos sin comer, y regularmente seria por Semana Santa; nada habia en ella sino un repues-

to de carnes saladas para el consumo, de las que mandó el Santo que preparasen y sirviesen al huésped; pero como este, á pesar de su grande necesidad, rehusase gustar un alimento vedado por las reglas ordinarias, comió primero San Espiridion, para obligarle á que hiciese lo mismo; juzgando que hay casos en que los preceptos mas positivos pueden ceder á la necesidad y á la caridad (1).

38. Era Santiago, Obispo de Nisibe en Mesopotamia, igualmente acreedor á la gran nombradía que se habia adquirido. En lo mas áspero de un monte habia practicado mucho tiempo la vida ascética y solitaria, en donde pasaba las tres estaciones del año espuesto á todas las inclemencias; y si en el mayor rigor del invierno se retiraba á alguna caverna, era reprendiéndose á sí mismo su flojedad. Se alimentaba solo de frutas y legumbres, escogiendo no las que su gusto le pedia, porque lo habia perdido todo, sino tan solo atendiendo al precepto del Criador que prohíbe comer las perjudiciales, y se abstenia de todo otro sustento: su vestido era un áspero y grosero tejido de pelos de cabra. Fue para él un aumento muy considerable de trabajo el Episcopado; que sus compatriotas le obligaron á aceptar; porque su aplicacion á enseñar, la correccion de los pecadores, la administracion de las cosas santas, y el cuidado de los necesitados fueron otros tantos ejercicios que acumuló á los que ya tenia, sin quitar ninguno de los primeros. Cuéntase de él que un dia le pidió una tro-

(1) *Sozom. lib. 7. hist. cap. 11. Vit. S. Spirid. lib. 1. cap. 15.*

pa de vagamundos con que sepultar á uno de sus compañeros, que estaba tendido como muerto en el camino por donde pasaba el Obispo. Dióles la limosna y pidió á Dios por el fingido difunto; pero el impostor murió al momento, y sus compañeros que le querian hacer levantar poco despues, notaron con el mayor espanto que su juego se habia convertido en realidad. Recurrieron de nuevo al Santo, echáronse á sus pies, y confesaron su ficcion con sincero arrepentimiento: enternecióse al cabo el venerable varon, y resucitó, por la virtud de sus oraciones, al mismo á quien estas acababan de hacer que espirase para servirles de escarmiento. Fue siempre este ilustre Patrono un antemural seguro para la ciudad de Nisibe, á la que libró, aun mucho tiempo despues de su muerte, de la invasión de los bárbaros.

Paulo, Obispo de Neocesaréa del Eufrates, en las inmediaciones de Nisibe, habia perdido en las persecuciones de Licinio el uso de las dos manos, cuyos nervios le quemaron con un hierro ardiente.

Habia tambien entre los Padres que concurrieron al Concilio de Nicea otros muchos Confesores de la fe, que llevaban en su cuerpo las gloriosas señales de los sacrificios sangrientos que les habia costado su confesion. Faltábale al uno un ojo, al otro le habian cortado un brazo, muchos estaban desjarretados, para que no se escapasen de las minas, en donde los castigaban y oprimian como si fuesen animales de carga. No eran menos recomendables por su celo y virtudes los que se habian libertado de los perseguidores:

de modo, que este augusto Concilio contaba casi tantos Santos como Obispos, y parecia una asamblea de inmortales, con el mismo Dios en medio de ellos dictando las decisiones.

Acudieron Obispos de las provincias mas lejanas del Imperio, como de la Dacia, del centro de las Galias y de la España; y hasta de la Armenia mayor, que estaba fuera de los límites del dominio Romano, vino el Obispo Aróstanes; del reino de los Persas el Obispo Juan; y del pais de los Escitas el Obispo Teofilo, en calidad de Metropolitano de los Godos. Halláronse en persona en el Concilio todos los Obispos de las Sillas principales; Alejandro de Alejandria, Eustacio de Antioquia, varón ilustre en virtud y doctrina, Macario de Jerusalem; Leoncio, Metropolitano de Capadocia, y maestro de muchos Mártires tanto por su egemplo como por sus instrucciones. Tambien habia padecido este Prelado por la Iglesia, y la hizo un señalado servicio comunicando al primer Gregorio de Nacianzo los principios sólidos que pasaron del padre al hijo Gregorio, llamado el teólogo. Presentóse Ceciliano de Cartago, célebre por sus virtudes, y los triunfos que logró contra los Donatistas, con toda la seguridad que inspira la inocencia reconocida despues de tantas pruebas, y se mostró digno de la justicia que dos potestades juntas acababan de hacerle. Mas nadie acudió de parte de aquellos cismáticos, que solo cuidaron de servirse de los contratiempos que llamaban á otra parte la atencion del gobierno, para mover mayores disturbios en el África.